

sario. Miraba á todos lados. Después se lanzó sobre el lecho de su madre.

—¿Sin hablarla, sin llamarla, sin aparecer asustado al verla fría y sin movimiento?

—No, señor. Se hubiera creído que sabía que estaba muerta.

—Está bien. Quedáis, así como la criada, á mi disposición. Cuando me ocupe de otras cuestiones os haré llamar.

Hizo una señal al secretario que le había acompañado, pasó con él al salón, y dictó dos oficios, uno con destino al Prefecto de policía, y el otro al Procurador de la República. En ellos decía á ambos magistrados: 1.º Que graves indicios le hacían creer que se había cometido un crimen en la persona de la señora Le Forestier, boulevard Malesherbes. 2.º Que se encontraba sobre el terreno, y comenzaba la instrucción de las primeras diligencias. Cumplido este deber, fué á buscar al médico, quien se hallaba en el salón sentado delante de una mesa, y ocupado en hacer escribir su declaración.

VIII.

—Doctor (dijo el Comisario de policía), según lo que acabo de saber, pueden obtenerse del hijo

de la víctima importantísimos datos. Á su edad, que será de siete á ocho años, si no me equivoco, y siendo listo, como su fisonomía revela que es, debe hallarse en condiciones de responder á preguntas de un interrogatorio claro y concreto. Pero vos le conocéis hace más tiempo que yo, tenéis sobre él ese especial prestigio que tienen los médicos sobre los niños, y, por lo tanto, á vos os responderá más fácilmente que á mí. ¿Queréis dispensarme el obsequio de interrogarle, de preguntarle qué es lo que ha visto y oído?

—Lo haré (contestó el señor du Chatel, levantándose). Comprendo el interés que tiene la justicia en practicar esas averiguaciones que voy á procurar conseguir, pero advirtiéndooos que dejaré de dirigir preguntas al niño en el momento en que note que le impresionan demasiado.

—Estamos de acuerdo, doctor.

Pasaron ambos del salón al dormitorio, donde hallaron á Armando en el mismo sitio, al lado del lecho. El Médico se inclinó hacia el niño para cogerle en brazos; pero la criatura, creyendo sin duda que se trataba de llevarle á otra habitación, rompió á llorar y á hacer esfuerzos por desasirse.

—¡No, no! (gritaba con la voz entrecortada por los sollozos): no quiero irme.

—Si no te irás (le dijo dulcemente el doctor du Chatel), pero sé bueno conmigo y obedien-

te... Tenía que preguntarte una cosa. ¿No quieres contestarme á lo que te pregunte?

—Sí que quiero.

—Bueno; pues entonces, cuéntame lo que ha pasado aquí esta noche en esta habitación.

Armando, á quien el Doctor tenía apoyado sobre el pecho, se retiró rápidamente, y gritó al tiempo de echarse atrás:

—No, no; no lo diré.

—¿Por qué? Entonces no me cumples tu promesa. ¿Por qué no quieres decirlo?

—Porque tengo miedo,—dijo el niño con voz temblorosa.

—¡Miedo!... ¿De qué?

Armando se calló; pero el Médico, acostumbrado á tratar con los niños, á interrogarles sobre sus males y á alcanzar de ellos contestaciones, no se desanimó por tan poco.

—Vamos, responde, hijo mío (le dijo con extraordinaria dulzura); acuérdate de que tu madre te decía: «Es preciso obedecer al médico, que te pregunta por tu bien.» ¿No te acuerdas?

—Sí, sí.

—Bueno; pues entonces contesta. ¿De qué tienes miedo?

—De aquel tunante.

—¿De qué tunante?

—Del hombre malo, del de los ojazos.

El Comisario de policía hizo ademán de aproxi-

marse; pero el señor du Chatel le indicó con la mano que permaneciera quieto: después, mirando con cariño á Armando, y dulcificando la voz todo lo posible, exclamó:

—¡Ah! ¡Conque ojazos! Y ¿cómo son? ¿Grandes, azules, negros ó castaños?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo sabes que son ojazos?

—Brillan mucho; parecen como luces.

Y como si aún estuviera viendo la aterradora mirada, el niño cerró los ojos.

—Este detalle es muy importante (murmuró el Comisario): proseguid, Doctor; proseguid.

—No; está muy excitado. No obtendríamos nada en concreto. Creedme: es mejor dejarlo para otra ocasión.

Besó al niño en la frente, y después le dijo:

—Es necesario que no pienses ya en esos ojos feos, y, además, que tengas en cuenta que ningún peligro te amenaza en mis brazos y rodeado de las personas que están aquí. ¿No las conoces? Mira: tu aya, el portero, su mujer....

El niño fué mirando con sus ojitos, preñados de lágrimas, una por una, á todas las personas que se le nombraban, y quedó en la actitud del que encuentra alguien de menos.

—¿Falta alguna?—preguntó el Doctor.

El niño guardó silencio.

—¿Será el criado?—dijo á media voz el Comisario.

El niño movió la cabeza de arriba á abajo, para indicar que sí.

—¿Estaba anoche aquí?—preguntó el Doctor. Armando contestó del mismo modo.

—¿Pues entonces (manifestó el señor du Chatel) será él el hombre malo de los ojazos?

El niño movió la cabeza de derecha á izquierda.

—¡ Ah! ¿ luego había otro hombre?...

—Sí,—murmuró Armando estremeciéndose.

El Médico le preguntó entonces:

—¿Y qué hacía el otro hombre?... ¿mal á tu mamá?

—Sí.

—¿Y ella chillaba?

—No.

—¿Pero tú la veías?

—No.

—¿Pero él estaba aquí? ¿Qué hacía? ¿La pegaba?

El niño hizo signos afirmativos.

—Pues si no la veías, ni la has oído gritar, ¿cómo sabes que la hacía daño?

La pobre criatura, que hasta este punto sólo había contestado á duras penas, bien porque fuera animándose, bien porque su imaginación se excitase por la emoción ó por el miedo, ó por-

que los recuerdos se dibujasen más claramente en su memoria, dijo de pronto:

—Debían hacer daño á mamá, porque Antonio gritaba: «No, no quiero.... Me habéis prometido no hacerla daño».

—¿Y el hombre malo seguía lastimándola?

—Sí.

—¿Dónde estaba ese hombre?

—Allí, apoyado en la cama.

—¿Y el otro, Antonio, el criado?

—Revolviéndolo todo, los muebles, los cajones y mirando por todas partes.

—¿Y tú que hacías?

—Lloraba y gritaba mucho, para ver si venían en socorro de la mamá.... La defendía.

—¿Cómo?

—¡Toma, tirando al hombre de la chaqueta y agarrándome á sus piernas!

—¿Y él te dejaba hacer?

—¡Ca! Se volvió y me cogió por el cuello.

—¿Te hizo daño? ¿te pegó?

—No, porque Antonio no quiso, y me separó de él cogiéndome en brazos.

—¿Y qué dijo el otro, te acuerdas?

—Sí; decía: «Nos va á perder este chiquillo. Va á gritar en cuanto nos vayamos».

—¿Y qué más?

—Antonio me metió en el gabinete, y cerró la puerta.

—¿Cómo no saliste por la otra que da á tu cuarto?

—Porque Antonio la cerró también.

—¿Y desde entonces no viste ni oíste más?

—No, nada.

El Doctor volvió el rostro hacia el Comisario de policía, como para interrogar si le bastaban las contestaciones obtenidas. El funcionario entonces preguntó con la mayor afabilidad al pequeño:

—Pero, hijo mío, no nos habéis dicho la razón de estar en este sitio. ¿Os llamó vuestra madre?

—Sí, porque oí que gritaba: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Armando, Armando!»

—¿Y entonces vinisteis aquí?

—Claro.

—¿Y estaban aquí, cuando entrasteis, Antonio el criado y ese hombre malo de los ojos relucientes? ¿Le reconoceríais si lo vieseis?

—Sí, pero no quiero verle,—exclamó el niño, temblando como un azogado.

—Basta (indicó el Médico al Comisario); pudiera traer malas consecuencias el excitar más á esta pobre criatura.

Y poniendo en el suelo al niño, le dejó ir á arrodillarse junto á la cama, donde con las manitas juntas comenzó á rezar. Sin duda recordaba que no había hecho oración aquella maña-

na, ó con cabal conocimiento de la muerte de su madre, rezaba por ella.

El señor du Chatel contempló algunos instantes la interesante figura del pobre niño, mimado, querido, adorado la víspera, y huérfano entonces; y aproximándose al Comisario de policía, le dijo:

—Creo que estaréis satisfecho de lo manifestado por esa criatura, y que los juzgaréis, como yo, datos muy interesantes.

—Sí (replicó el magistrado), porque tienen á la vez el mérito de estar perfectamente acordados con lo que habéis dicho vos y los demás testigos. Ahora es perfectamente posible reconstruir la acción y los hechos que han producido el crimen. Hay dos culpables: el primero no le conocemos aún; pero el hijo de la víctima nos ha dado de él una seña inequívoca, mediante la cual podremos hallarle; en cuanto al otro, no hay duda: es el nuevo criado que había tomado la señora Le Forestier, que debe haber introducido á su cómplice en la casa á cosa de las seis de la mañana. Evidente es que se proponían robar á la desdichada mujer, cuya fortuna inmensa había despertado su codicia, pues que de la declaración de Armando resulta que buscaban por todas partes; pero, ¿qué buscaban? Dinero, valores, alhajas. ¿Se proponían robar ó matarla? El proceso se encargará de decirnoslo. Uno de los dos

delincentes ha juzgado conveniente deshacerse de un testigo peligroso...., y la ha ahogado. El otro, el criado Antonio, se ha limitado á protestar del crimen y á encerrar al chico, acaso para que no sufriera la suerte de su madre; esa podrá ser una circunstancia atenuante en su día, si se da completo crédito á la declaración del niño; pero el caso es que él, como criado, como servidor de la casa, es quien con toda evidencia ha preparado el hecho, lo ha dirigido, y de primera intención es el más culpable. Ahora bien: ¿dónde podremos hallarle? Ya daré yo órdenes para conseguirlo. Y en cuanto á vos, gracias mil, Doctor, por vuestra ayuda, que por ahora no necesito, ni quiero distraeros por más tiempo de vuestros quehaceres.

—En efecto: los enfermos me esperan. No podéis, sin embargo, figuraros el trabajo que me cuesta separarme de ese niño y dejarle en esta habitación junto á ese lecho.

—¿Y no podría avisarse á alguna persona de la familia?

—Creo que no hay más familia, porque recuerdo haberle oído decir á la señora Le Forestier que había perdido poco á poco toda su parentela.... Si yo consiguiera que el niño se viniera conmigo, ¿me permitiríais llevármelo á mi casa?

—El Juez de instrucción no le dirigirá por

hoy ningún interrogatorio, y se contentará, por ahora, con lo que por vuestra mediación hemos sabido, que he tenido cuidado de anotar.

Armando, en aquel momento acababa de ponerse en pie; el señor du Chatel se acercó á él, y le dijo:

—Ya sabes que yo tengo un niño y una niña como tú; ¿quieres que vayamos á verlos?

—¿Adónde?

—Aquí al lado, á mi casa.

—No, no; yo no quiero dejar á mamá,—dijo el niño con aire resuelto.

—Entonces (repuso el Doctor, por ensayar un último recurso), no irás hoy por la mañana al colegio, y ya sabes que tu mamá no quiere que faltes á clase.

Entonces el niño dijo con seriedad impropia de su tiempo:

—Dile á mamá que me mande ir al colegio, y entonces iré.

El Médico miró al niño, cuya mirada parecía decirle: «Bien sabes que mi madre no puede hablarme; si quieres que hable, cúbala y sálvala, como has sabido curarme á mí».

Era preciso, pues, renunciar por entonces á separar el hijo de la madre. Los dos espíritus permanecían unidos á pesar de la muerte. El alma que había abandonado aquel cuerpo velaba ya acaso desde el cielo por el huérfano, y

derramaba sobre su corazón, apenas formado, un recuerdo imperecedero, haciéndole sentir una gratitud eterna.

IX.

Al salir el doctor du Chatel, halló en la escalera á uno de los sustitutos del Procurador imperial y al Juez de instrucción que para la del proceso había nombrado el tribunal del distrito al recibir la noticia del asesinato. Los dos magistrados fueron recibidos en casa de la señora Le Forestier por el Comisario de policía, que les comunicó sus indagatorias, las declaraciones del Médico, y les puso, en fin, al corriente de lo ocurrido desde que había entrado en la casa. Enterados ellos, no vacilaron un momento en creer que se había cometido, con el móvil del robo, un asesinato, y que, de los dos cómplices, uno era el que se había introducido en casa de la señora Le Forestier como criado, y el otro un desconocido; sólo restaba, pues, identificar su personalidad y averiguar en qué punto pudieran haberse refugiado.

El Juez de instrucción manifestó muy pronto su opinión al sustituto del Procurador imperial que le acompañaba.

—Esta causa habrá de ocupar vivamente la pública curiosidad, en razón de lo que ha venido atrayéndola la fortuna de la señora Le Forestier; estos antecedentes harán que en París produzca el acontecimiento grandísima emoción, y para calmarla, nada sería más conveniente que dar con la noticia del crimen la de la prisión de los culpables. ¿Será posible?... Lo ignoro; pero juzgo que debemos intentarlo, y puesto que el Jefe de seguridad está ocupado en Saint-Denis por consecuencia de otro crimen, y no puede prestarnos el auxilio suyo personal, creo que debemos procurar reemplazarle en sus funciones.

Luego añadió, dirigiéndose al Comisario de policía:

—Si procedemos por los trámites ordinarios de citación, comparencias, exhortos y requisitorias, no acabaremos en mucho tiempo, y los asesinos lo tendrán de sobra para marcharse al extranjero. Os ruego, pues, que os acerquéis á la agencia de colocaciones que proporcionó á la señora Le Forestier su criado, el presunto reo, Antonio, porque acaso obtengáis allí noticias que puedan ponernos sobre la pista; si juzgaseis que estáis en camino de ella, seguidla á todo trance, sin preocuparos por estar fuera de vuestra jurisdicción, que esta es falta que yo me encargaré de corregir. ¿Lo haréis así?

—Sin duda alguna.

—Mil gracias, pues; yo me quedo aquí para proseguir las indagaciones que con tan buena fortuna habéis comenzado. ¡Ah! Una palabra.... Servíos encargar á uno de los inspectores que hay abajo, que se dirija al punto al ministerio del Interior con las señas personales de los reos, para que éstas sean remitidas por telégrafo á las estaciones importantes de las fronteras.

Con objeto de puntualizar mejor tales datos, el Comisario interrogó de nuevo á los porteros y á Julia sobre las señas generales y particulares de Antonio, y sobre si había ó no recibido amigos desde que estaba al servicio de la señora Le Forestier.

—Ayer vino uno á verle,—dijo la señora Thibault.

—¿Á qué hora?

—Por la tarde, á las cinco.

—¿Os preguntó en qué piso vivía Antonio?

—No, señor; pasaba por delante de la portería sin preguntar ni dar las buenas tardes; por eso le pregunté adónde iba, y contestó que á ver al criado de la señora Le Forestier.

—¿Le visteis bajar?

—No, señor; pero tampoco volví á acordarme de semejante hombre, y no hubiera hecho memoria del sujeto, á no preguntarme vos.

—Pero habiéndole visto y hablado, conservaréis idea de su figura.

—Sí, señor, era alto, recio, rubio, con los ojos grandes.

—¿Grandes! ¿Y brillantes?....

—No, señor; al contrario, mortecinos.

—¿Diantre! (pensó el Comisario): pues esto no está conforme con lo manifestado por el chico.

Pero por la premura del tiempo no creyó del caso detenerse en pequeñeces.

—¿Cómo iba vestido? ¿como criado ó como caballero?

—Más bien como sirviente; sólo que compuesto, aseadito...., casi elegante.

—Bien; pues cuidado de no olvidar ninguno de esos detalles cuando el Juez de instrucción os interrogue.

En tanto que esto pasaba, el Juez instructor recorría cuidadosamente todas las habitaciones. Una vez llegado al gabinete contiguo al salón que la señora Le Forestier, mujer despreocupada, había convertido en despacho, vió sobre una mesa un libro-registro abierto, y en él estas palabras: «Ingresos del 15 de Enero.» La lista no era corta; ocupaba tres páginas, y comprendía los alquileres cobrados en el día, las anualidades vencidas, y los intereses y dividendos percibidos del Tesoro y de diferentes casas de comercio, que en totalidad ascendían á un millón ochocientos

mil francos. La señora Le Forestier debía haber escrito indudablemente aquella lista la víspera por la tarde, acostándose después para no levantarse jamás. Pero ¿qué había sido de la considerable suma? ¿Dónde estaba? Ningún dato había para suponer que después de verificado el cobro hubiera llevado los fondos á su casa.

No tardó, sin embargo, el Juez de instrucción en adquirir datos precisos, porque interrogó á Julia, la doncella, como compañera que había sido de su ama en todas sus correrías financieras.

—¿La veáis cobrar vos?

—No, señor; yo no entraba en las casas con la señora, pero la esperaba en el carruaje, y por el volumen del saco que usaba comprendía que había verificado el cobro.

—¿Cómo era ese saco?

—Una especie de talego, de cuero negro, del cual se servía, y que, vacío por la mañana, volvía siempre repleto por la noche. Ayer, por cierto, abultaba más que de ordinario.

—¿Y llevó el contenido á alguna casa de banca para constituirlo en depósito?

—¡Quiá! ¡no, señor! Vino cargada con él, como podrán decirnos los porteros, que se fijaron en esta circunstancia.

—¿Lo advirtió el criado?

—Es de suponer, porque nos abrió la puerta.

—Por lo visto, á la señora Le Forestier no le importaba que todo el mundo viera que llevaba en el saco un capital.

—Trataba de llevarlo oculto bajo el abrigo; mas constantemente examinaba á ver si lo conservaba, y como se entreabría el abrigo, se le veía.

—¿Á qué habitación se dirigió cuando vino?

—Al cuarto del niño, que volvía entonces del colegio; le abrazó, y estuvo con él largo rato; después pasaron al comedor, porque ya era hora de comer. Habíamos regresado tan tarde....

—¿Salió á comer sin el saco?

—No, señor; con él.

—¿Al descubierto? Porque se habría quitado el abrigo.

—No, con la esclavina, que no se quitó, porque dijo que tenía frío.

—¿Qué hizo después de comer?

—Estuvo entreteniéndose con el niño, y luego le llevó á acostar, desnudándole por sí, como tenía costumbre de hacerlo.

—¿Y Antonio?

—Subió á su cuarto en cuanto terminó de servir á la mesa, como todos los días.

—¿Hace mucho que servíais á la señora Le Forestier?

—Desde que murió su esposo: tres años pró-

ximamente. Soy la que más ha permanecido á su servicio.

—¿Y para qué os llevaba en el coche cuando iba á cobrar?

—Porque vivía atormentada por la idea de que había de morir repentinamente, y temía que si le sobrevenía un accidente en la calle, estuviera sola y pudieran robarla el dinero.

—Pero, á pesar de la confianza que tenía en vos (dijo el Juez, afectando no dar importancia á este detalle), no os dejaba dormir en el mismo piso.

—No, señor, porque le gustaba estar sola; pero yo me quedaba con la llave.

—También el criado; y, sin embargo, no es de suponer que tuviera confianza con él teniéndole á su servicio desde hace algunos días.

—El criado no tenía llave; yo era la que bajaba por la mañana temprano y abría.

—Pues ¿cómo ha entrado esta noche?

—¡Ay, señor, esa es mi pena! Hace pocos días mandé hacer una llave, porque creí que la había perdido; y ahora caigo en la cuenta de que no debí perderla, sino que ese miserable me la robó con el fin de penetrar aquí por la puerta de servicio de la cocina.

—Pero, ¿y las puertas interiores?

—Todas estaban cerradas con cerrojo por dentro, y la señora las abría al levantarse.

—¿Pues cómo entró?

—Preparándolo todo de antemano en algún rato que debió estar solo, porque la mayor parte de los cerrojos están desprendidos; mirad este que he recogido del suelo.

El Juez examinó el pestillo que le enseñaba Julia, y vió que los tornillos estaban en su sitio, pero cortados á lima por la mitad.

—Conozco el procedimiento,—exclamó el Juez. Y luego, prosiguiendo el interrogatorio, añadió:

—¿De modo que cuando os separasteis de la señora Le Forestier seguía llevando encima el dinero cobrado aquel día?

—Sí, señor.

—¿Tenéis idea de dónde puede haberlo escondido?

—En su cuarto, debajo de los colchones.

—¿Y por qué creéis eso?

—Porque lo tenía por costumbre; á fines de Octubre entré un día, sin que me oyera, y la sorprendí involuntariamente en el momento en que sacaba de entre las ropas de la cama el saco del dinero.

—Una pregunta: la postrera. ¿Sabéis si ordinariamente, esto es, los días que no cobraba sus rentas, tenía crecidas sumas en casa?

—La señora no tenía dinero en casa; pagaba hasta las cuentas más pequeñas en cheques contra sus banqueros.

—¿Y no tenía valores, títulos, acciones?...

—No, señor; los tenía en el Banco, adonde probablemente hubiera llevado el dinero á estas horas si no la hubiese ocurrido esta desgracia.

—¿Poseía alhajas?

—Ninguna, porque consideraba que era tener valores improductivos.

Estos últimos datos parecieron contrariar al Juez: sin duda que las averiguaciones se hacían cada vez más difíciles. Los ladrones, tarde ó temprano, procuran vender los efectos públicos ó las alhajas que roban; pero en aquel crimen no se habían robado sino billetes, y esto era una clase de cuerpo de delito de los que no comprometen.

Una vez terminado el interrogatorio de Julia, ordenó, por si acaso, una minuciosa requisa; sin disputa los asesinos, conocedores de los hábitos y costumbres de su víctima, se habían llevado el millón ochocientos mil francos á primera hora.

Mientras todas estas cosas ocurrían, el doctor du Chatel había regresado con sus dos hijos; dejólos en el salón, y se dirigió al dormitorio, que Armando no había abandonado.

—Vaya, aquí están tus amigos; ven á recibirlos,—dijo al niño.

Después de algunos momentos de vacilación, Armando le siguió; y viendo á la niña y al niño

del Doctor que le tendían los brazos, corrió á abrazarlos. La niñez reclamaba sus derechos; pero, cuando algunos instantes después, deseosos de distraerle, le propusieron jugar, Armando se separó de ellos y fué á refugiarse nuevamente junto al lecho de su madre.

Sin embargo, volvió cargado de juguetes; mas fué para dejarlos en el suelo, y decir con triste entonación á sus amiguitos:

—Para vosotros: os los regalo. Yo ya no necesito juguetes. Ya no jugaré más, porque no tengo madre. Los niños huérfanos no juegan nunca.

Y abrazándoles de nuevo, se volvió al dormitorio con andar reposado.

X.

Poco después el Comisario de policía se presentó en las oficinas de la agencia de colocaciones que le habían indicado, y la cual, por hallarse en su distrito, estaba bajo su jurisdicción.

—¿Esperabais mi visita?—dijo al entrar, dirigiéndose al director de la agencia.

—No, señor Comisario. Ignoro á qué debo ese honor.